según la naturaleza humana. La entrega fué dolorosa; ofrecían entrambos su Hijo natural á la muerte, y á la muerte más infame. Pero no importa: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret: sic Maria dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret.* Mediante este sacrificio doloroso se reparaba la Justicia divina, y Dios podía mirarnos ya desde entonces con afecto de Padre, y María con amor de Madre.

Dos diferencias hay entre la adopción sobrenatural por parte de Dios y de María y la adopción terrena de los hombres: una en la eficacia del afecto, porque en la adopción terrena este afecto paternal ó maternal no comunica nada de la propia naturaleza al hijo adoptivo; por lo contrario, en la adopción sobrenatural el afecto paterno de Dios como causa primera, y el amor materno de la Virgen como causa segunda meritoria, comunican al hombre, aunque de un modo accidental, la propia naturaleza; es decir, que por la gracia santificante que nos merecieron Jesucristo y María con sus mutuos padecimientos, somos hechos semejantes á Dios en naturaleza, y semejantes en el espíritu á la Virgen que nos adoptó como Madre.

La otra diferencia está en que la filiación natural entre los hombres no se consigue sin grandes dolores de la madre, al paso que la adoptiva es toda amor dulce, afecto tierno, que no tiene hiel ni amargura de ninguna especie, antes bien grande suavidad y consuelo. Pero ¡ ay ! María, que pudo tener por Hijo natural á Jesucristo con inefable dulcedumbre y sin el más ligero dolor, no pudo tener á los hombres por hijos adoptivos sin un mar de amargura y tormentos indecibles. De todo lo cual desciende que el amor que compadece y el amor que sufre fueron en María los dos elementos constitutivos de su amor maternal á los hombres. Todo esto está dicho en una palabra: fué Madre por el corazón.

Sí, el corazón es símbolo del amor en todas sus manifestaciones, y con nada mejor se identifica que con el amor materno. Una madre sin amor no se concibe, y un amor de madre sin corazón es aún más imposible. Si el amor de madre no es amor del corazón; si el amor de madre, mejor dicho, no es el mismo corazón, el sentido común nos engaña, no hay más filosofía en el lenguaje humano, no hay más belleza en el hogar doméstico, no hay más poesía de amor. Quizá se halle alguna madre que no ame á sus hijos; este monstruo se da alguna vez en la naturaleza; pero un amor de madre que no sea amor del corazón es de todo punto inconcebible.

Abstraigamos ahora de que el corazón sea órgano de las pasiones, prescindamos de estas cuestiones fisiológicas y vayamos á lo seguro. El corazón es, sin disputa, el símbolo más propio del amor. Distinguen algunos autores (1) el símbolo en real y nominal. Pero dejando estas y otras cavilaciones, fijémonos

1) Véase el P. Marqués en su obra *De cultu Cordis Jesu*, impresa en el siglo pasado.

únicamente en la idea ingénita, natural, que cada uno se ha formado del verdadero símbolo. Nadie dirá que el humo es símbolo del fuego, y, no obstante, hay conexión necesaria entre el humo y el fuego, de tal manera que por aquél venimos en conocimiento de éste. Lo cual prueba que el símbolo de suyo no es signo de alguna cosa. Al contrario, todos decimos comúnmente que el lirio es por su blancura símbolo de la pureza, aunque no haya necesaria conexión entre el símbolo yla pureza. ¿En qué está, pues, la naturaleza del símbolo? Se deduce claramente del ejemplo vulgarísimo que acabamos de traer. La blancura es en las cosas corporales lo que la pureza en las espirituales. Concebimos una misteriosa analogía entre la blancura del lirio y la pureza del alma, una correspondencia harmoniosa entre las propiedades del uno y las virtudes de la otra; hay *cierta unidad de ser en la participación de una forma análoga.*

Para que exista el símbolo ha de mediar siempre una relación del entendimiento que refiera la cosa que simboliza al objeto simbolizado. Según la mayor ó menor analogía entre los dos objetos comparados, el símbolo se dice más ó menos natural. De aquí que aquellas cosas que no presentan en su superficie evidente analogía con otras determinadas, tengan también, según el carácter y las ideas de los diversos pueblos, distinta y á las veces opuesta acepción simbólica. Son muy pocas las que, por ofrecer evidentemente analogías á determinado objeto, han sido comunes á todos los pueblos, á todas las lenguas y á

todas las generaciones. Entre estas pocas está el corazón como símbolo del amor.

La experiencia interna de cada uno ha enseñado á los hombres que el corazón sigue las mismas inflexiones del amor; que se ensancha y se dilata cuando el amor puede espaciarse por el objeto amado; que se contrae cuando el amor desfallece; que se enciende y hace hervir la sangre cuando el amor se inflama y se enardece; que padece cuando el amor es contrariado; que despide hiel y se envenena cuando el amor se enoja; todas las mudanzas, en fin, del amor, hasta las más pequeñas, hallan fiel correspondencia en el corazón; de suerte que no parece sino que el amor se pinta en él y se dibuja con sus propias líneas y colores. Todo esto no lo vemos, lo sentimos; no lo aprendemos, lo experimentamos. Así se explica cómo las naciones de todos los tiempos y de todas las razas han casi identificado el amor con el corazón. Y más el amor de madre, como el más tierno, el más cincero, el más constante, se ha consagrado principalmente en la palabra *corazón.*

De esta manera parece claro con cuánta propiedad el Corazón de María es símbolo de su amor maternal á los hombres. Honrando su Corazón simbólico, honramos aquel tierno amor de Madre con que nos adoptó por hijos; honramos los dolores que padeció para llegar á ser nuestra Madre y la misericordia que usó con nosotros compadeciéndose de nuestra desgracia, y no parando hasta remediarla colmadamente con entrañas de verdadera Madre. ¡Oh, qué simpá-

tico se presenta este Corazón compasivo y amante, al considerarlo como principio de nuestra adopción por el amor de que es natural símbolo y tierna imagen! Y porque el fuego simboliza la vehemencia del amor y las azucenas su pureza, el Corazón de María es representado con corona de lirios y con vivísimas llamas que parten del centro. El sol y la luna, los dos luceros más hermosos del mundo, adornan el Corazón de María: el sol de su maternidad divina, y la luna de su maternidad humana. De entrambas cualidades, aunque por distinto concepto, es principio este Corazón inmaculado.

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

En todos tiempos ha manifestado la santísima Virgen la ternura de su Corazón como Madre del género humano. Imposible sería referir los innumerables ejemplos acaecidos en todos los siglos, que prueban esta verdad consoladora. Para aliento de sus devotos traeré aquí algunos de los más recientes, acontecidos todos ellos en la ciudad de Méjico.

El 12 de Mayo de 1892, D. Rafael Garduño, de treinta y ocho años de edad, natural de Méjico, cayó gravemente enfermo de una *peritonitis*, en términos que con toda urgencia arregló sus negocios y recibió los santos Sacramentos, temiendo el doctor de cabecera que no había tiempo para ello. Se encomendó fervorosamente al inmaculado Corazón de María, se le

aplicó una reliquia del siervo de Dios, Excmo. señor Claret, fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María, y al instante de aplicársela se calmaron sus dolores de manera que á las doce horas ya se hallaba completamente sano, curación que el mismo doctor de cabecera, D. Guillermo Parra, no titubeó en atribuir á acción milagrosa, pues el pronóstico que había formado de la enfermedad era de fatal desenlace.

Durante el mes de Agosto del mismo año, el señor D. Sixto León se vió en tal extremo de gravedad que todo lo tenía ya dispuesto para morir. Su afligida esposa, en unión con otras socias del Inmaculado Corazón de María, pidió con fervor y confianza á este amante Corazón por la salud del enfermo, y bien pronto se vió la protección palpable de tan buena Madre, pues lo curación fué completa, y lo que es más, instantánea.

Son tantas las gracias que el Corazón maternal de María concede á sus devotos mejicanos, que apenas pasa domingo sin que en el ejercicio que los archicofrades hacen en nuestra iglesia se lean algunos billetes de acción de gracias á tenor del siguiente:

" Una socia, agradecida al inmaculado Corazón de María, desea se publiquen los beneficios que le ha concedido, para que todos acudan con la mayor confianza á tan amante Corazón.

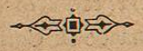
„ Muchos son los que me ha otorgado la Señora; pero sólo citaré los más culminantes, y por los que no dejaré de darle gracias todos los días de mi vida.

„ El día de la fiesta de su Corazón purísimo, yo y

mis hijas le pedimos se dignara curarme de una penosa enfermedad que por espacio de diecisiete años venía aquejándome, y en aquel mismo día quedé completamente curada. ¡Bendita sea la santísima Virgen! Después le pedí la separación de uno de mis hijos de un destino en que veía hartos ejemplos de impiedad, y me lo concedió sin demora. Para otro hijo que se hallaba muy grave y á punto de hacerle una operación dolorosa, pedimos á tan amante Corazón se dignara aliviármelo sin necesidad de operarle, y también accedió compasiva, pues cuando se presentó el doctor para llevar á cabo la operación dijo no ser ya necesaria porque lo encontraba ya aliviado. ¡Bendito sea Dios por todo, pero mil veces lo sea á cada instante por habernos dado tan cariñosa Madre! „

No son menos las gracias espirituales que el inmaculado Corazón de María derrama en abundancia sobre los pobrecitos pecadores por intercesión de sus numerosos cofrades, que continuamente colocan en el cepillo de nuestra iglesia de Méjico papelitos como el siguiente:

"Hacía dieciocho años que un padre de familia no quería confesarse; pero luego que su familia imploró esta gracia al sacratísimo Corazón de María, la obtuvieron sin tardanza. Por lo que hacen pública esta merced como un homenaje de gratitud á la celestial Señora y para que crezca la confianza en sus numerosos devotos. „



CAPÍTULO IV

HARMONÍAS MUTUAS DE LAS PRECEDENTES RELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA

SUMARIO: El Corazón de María representa la fuerza de atracción en el orden moral. — Para ejercer esta fuerza está estrechamente relacionado con el orden de la gracia y el hipostático.

LA unidad, — dice San Agustín, — es en todas las cosas la forma de la belleza. *Omnis porro pulchritudinis forma unitas est.* „ ¡Qué legítimo placer experimenta el sabio cuando llega á conocer muchas cosas en un solo principio! Aquí se dirigen todos los esfuerzos de la ciencia, á uniformar todos los conocimientos en una sola suprema razón. Esto, que de una manera absoluta sólo lo conseguiremos cuando en la unidad de la esencia soberana de Dios se nos descubra claramente y sin velos el plan magnífico de la Creación, y la razón de cuanto ha hecho fuera de sí, podemos rastrearlo de alguna manera examinando las relaciones de unas co-